

LITERATURA.



La Naturaleza descrita por los Autores religiosos.

Cuando nuevos sentimientos vienen á desarrollarse en el mundo, es casi siempre factible encontrar acá y allá algún germen precoz y profundamente escondido. Se ha explicado frecuentemente la muelle languidez que inspira Mimnerme por una disposición sentimental del alma. El mundo nuevo no ha podido romper bruscamente con el antiguo; pero los cambios cumplidos en las aspiraciones religiosas de la humanidad, en los más tiernos sentimientos morales y aun en la vida exterior de los hombres que obra sobre el espíritu de la multitud, han hecho brillar repentinamente la que hasta entonces había escapado á la imaginación. El cristianismo dispuso los espíritus á procurar en el orden del mundo y en la hermosura de la naturaleza el testimonio de la grandeza y de la excelencia del Creador. Esta tendencia en glorificar la Divinidad, debió guiar el gusto de las descripciones. Las más antiguas y completas se encuentran en casa de un abogado romano, que vivió en la misma época que Tertuliano y Plautino, es decir, al principio del mismo siglo, en casa de Minucius Felix autor de un diálogo religioso intitulado *Octavius*. Se complace uno en seguirlo al concluir el día, sobre las riberas del Ostia, al cual da ciertamente un aspecto pintoresco y efectos saludables que no encontraremos ya hoy. En este diálogo, Minucius Felix, defiende con entusiasmo las nuevas creencias contra los ataques de uno de sus amigos que permaneció fiel al paganismo.

He aquí el lugar de citar con especialidad algunas descripciones de la naturaleza prestadas de los padres de la iglesia griega, y menos conocidas sin duda de nuestros lectores que los pasos en los cuales los antiguos habitantes de la Italia han explicado su gusto por la vida del campo. Comenzaré por una carta de S. Basilio por la cual he tenido hace mucho tiempo una decidida predilección. Nacido en Cesarea, en Capadacia, Basilio, de treinta años apenas, había renunciado á la vida tranquila que pasaba en Atenas, y visitaba las tebaidas cristianas de la Coele-Siria y del Egipto meridional. A ejemplo de los Ensenienses y Therapentos, perseguidores del cristianismo, se retiró á un desierto á las orillas del Iris en Armenia. Su hermano segundo, Nancratius, se había ahogado en este río pescando después de haber sufrido por espacio de cinco años la penosa vida de anacota. "Creo en fin, escribe Basilio á Gregorio Nacianceno, haber encontrado el término á mi errante carrera. Renunciando con trabajo á la esperanza de vernos ambos reunidos, sería más cierto decir á mis sueños, (porque experimento el que llama la esperanza el sueño de un hombre despierto) he partido para el puente en busca de la vida que me conviene. Dios me ha proporcionado aquí un lugar conforme con mis gustos. Cuanto podemos representarnos en nuestra imaginación, en nuestros juegos infantiles y en nuestros momentos de más reposo, he podido hallarlo en la realidad. Una elevada

montaña rodeada de un espeso bosque, está regada hacia el Norte por frescas y limpidas aguas. A su pie se extiende un llano inclinado, fecundizado por los húmedos vapores que se ecshalan de las alturas. La selva que en su libre desarrollo rodea la montaña, y en donde se agrupan árboles de formas y especies diferentes, parece levantar á su derredor un muro inespugnable. . . . Mi soledad se halla limitada por dos barrancos profundos. Por un lado, el río que se lanza de la cumbre opuesta una barrera continuada y difícil de romper; por el otro una larga cima de montaña cierra la entrada. . . . La habitación está situada sobre la cresta de otra cima, de modo que puede abrazarse toda la extensión del llano y contemplar desde lo alto la caída y el curso del Iris, para mí más agradable á la vista que el Strymon para los habitantes de Amphipolis. Este río, el más rápido que conozco, se estrella contra una roca vecina y se precipita estrepitosamente en un abismo. A mí me ofrece, así como á todos los viajeros un aspecto encantador, y es además para los habitantes de la comarca un útil recurso por el número de pescados que nutre en sus espumosas olas.

Debo describirte los vapores ecshalados de la tierra, ó las brisas que ascienden del fondo de las aguas. Que otro admire la abundancia de las flores y el canto de las aves; yo no encuentro placer en aplicar mi espíritu á semejantes objetos. Lo que más me encanta es, la tranquilidad de la comarca: ella no es visitada más que por algunos cazadores, porque mi desierto cria ciervos y ganados de cabras salvajes pero no vuestros osos y vuestros leones. ¿Cómo he de poder cambiar este lugar por ningún otro? Alemeon, cuando encontró las Echinades, no quiso ir más allá. "A pesar de la indiferencia que quiere oponer San Basilio á algunos adornos de su morada, se experimenta en esta sencilla pintura del paisaje y de la vida de los bosques, sentimientos más en armonía con los sentimientos modernos que todo lo que nos resta de la antigüedad griega y latina. Desde lo alto de la solitaria cabaña en donde Basilio se ha refugiado, la mirada se abate á la vista de la bóveda húmeda de las selvas; ha encontrándose, en fin, el lugar de reposo cerca del cual él y su amigo Gregorio de Nazianzo han suspirado tanto tiempo. La alusión mitológica que termina la tierra resuena como una voz que parte del otro mundo, encuentra un eco en el mundo cristiano.

Las homelias de San Basilio sobre el Hexameron manifiestan también el sentimiento de la naturaleza que ecstasia en él. Pinta las dulzuras de las noches eternas y serenas de la Asia Menor en donde, según su expresión, los astros, flores inmortales del cielo, elevan el espíritu del hombre de lo visible á lo invisible. Si en el recitado de la creación del mundo quiere celebrar las bellezas del mar y describir el variable aspecto

y mutable de este llano sin límites, manifiesta como dulcemente agitado "por el soplo de los vientos refleja una luz á veces blanca, otras azul y otras veces roja, como en sus juegos apacibles arranca la ribera." Se encuentra en San Basilio, en Gregorio Nysse, la misma melancolía acorde con la naturaleza. "Si yo veo, esclama, cada cresta de las rocas, cada valle, cada llano cubierto de una yerba naciente; si veo el rico atavío de los árboles y á mis pies el lirio al cual la naturaleza ha dado perfume y colores brillantes; si á lo lejos percibo el mar hacia el cual la nube que pasa conduce mis miradas, mi alma se apodera de una dulce tristeza. Los frutos desaparecen con el otoño, las hojas caen, las ramas de los árboles se tronchan, y nosotros mismos agobiados de una profunda melancolía al ver estas eternas y regulares transformaciones, nos unimos á las fuerzas misteriosas de la naturaleza. Cualquiera que contemple este espectáculo con los ojos del alma, siente la pequeñez del hombre comparada á la grandeza del universo.

No solamente esta glorificación en la Divinidad por la entusiasta contemplación de la naturaleza, se introdujo entre los cristianos el gusto por las descripciones poéticas; aun se puede decir que, en el primer fervor de la nueva fé, su admiración fué siempre mezclada de desprecio por las obras humanas. Crisóstomo dice en mil parajes: ¿Ves un magnífico monumento, te sientes encantado á la vista de una hermosa columna, vuelve pronto tus miradas sobre la bóveda de los cielos y los campos libres en donde los ganados pasen cerca de los bordes del mar? ¿Quién no despreciará todas las obras del arte, cuando en la calma de su corazón, admira al levantarse el sol que derrama sobre la tierra sus luminosos y dorados rayos, cuando á orillas de un riachuelo oculto bajo las espesas yerbas ó á la sombra de árboles copados, derrama sus miradas como una ola lejana que se pierde en la oscuridad? La ciudad de Antioco estaba en esta época rodeada de ermitas, y en una de ellas vivía Crisóstomo. Parecía que la elocuencia, empapada en el manantial de la naturaleza, hubiese vuelto á hallar su elemento, la libertad, en las comarcas montañosas y sembradas de bosques de la Siria y de la Asia Menor.

Después, cuando en tiempos enemigos de toda civilización, el cristianismo se propagó entre las razas germánicas y celtas, que no conocían hasta entonces más que la religión de la naturaleza, y honraban bajo groseros símbolos las fuerzas conservadoras ó destructoras del universo, un comercio íntimo con la naturaleza y el estudio de sus fuerzas misteriosas, se hicieron fácilmente sospechosas de sortilegio: el conocimiento del mundo exterior pareció entonces tan peligroso como lo había sido á los ojos de Tertuliano, de Clemente, de Alejandro y de casi todos los antiguos padres, el cultivo de las

artes plásticas. En el segundo y tercer siglo, los concilios de Tours y de Paris, introdujeron á los monges la escomulgada lectura de las obras de física. Alberto el Grande y Rogerio Bacon fueron los primeros que rompieron valerosamente las trabas del espíritu humano, absolviéron la naturaleza, y la restablecieron en sus antiguos derechos.

Hemos señalado hasta aquí las oposiciones que en las literaturas griega y latina, tan íntimamente ligadas la una con la otra, son manifestadas según la diferencia de los tiempos. Pero el contraste que producen en la manera de sentir, no son solamente efecto de tiempos y revoluciones por las cuales son invenciblemente transformados los gobiernos, las costumbres y las religiones; mas sorprendentes aun son aquellos que ocasionan la variedad de las razas y su carácter originario. ¿Qué oposición no se nota en el sentimiento de la naturaleza y en el color poético de las descripciones entre los griegos, entre los germanos del Norte, en las razas semíticas, entre los persas y entre los hindres! Se ha explicado muchas veces esta opinión que el amor por la naturaleza de los pueblos del Norte, el poderoso encanto que los atrae hacia los deliciosos campos de la Grecia ó de la Italia, y hacia las maravillosas riquezas de la vegetación tropical, deben ser principalmente atribuidas á la privación en que están durante la época de un largo invierno de todos los goces de la naturaleza. No negamos que esta clase de codicia que lleva á los pueblos del Norte hacia el clima de los palmeros, no se debilita á medida que se acerca uno del Mediodía de la Francia ó de la península Ibérica; mas la denominación, tantas veces empleada y confirmada por la ciencia, de raza indo-germánica, debe bastar por sí sola para tenernos á la expectativa contra los efectos muy generales que se intenta atribuir á la influencia del invierno en las regiones septentrionales. Las innumerables producciones de la poesía indiana nos manifiestan que en el espacio comprendido entre los trópicos y en las comarcas vecinas, al Sur de la cadena del Himalaya, las selvas siempre verdes y florecientes han solicitado vivamente la imaginación de los pueblos de la Asia Oriental, y que han tenido aun mas vocación por la poesía descriptiva, que las razas puramente germánicas esparcidas en los países inhospitalarios del Norte y hasta en la Islanda. Esto no quiere decir que aun en los chinos mas afortunados en la Asia meridional, los goces de la naturaleza no sean á veces suspendidos; la oposición de las estaciones es aquí estremadamente notada; pasa uno bruscamente de las lluvias que fecundan la tierra, á una sequedad devoradora. En Persia, sobre la mesa de la Asia occidental, se encuentran muchas veces desiertos sin vegetación y de forma irregular, que se avanzan como golfos en las comarcas mas fértiles; muchas veces las selvas encier-

ran des steppes inmensos que parecen á un mar interior rodeado de sus riberas. Gracias á estos accidentes la superficie horizontal del suelo ofrece á los habitantes de estos ardientes climas las mismas alternativas de tierras fértiles y llanos desiertos que presentan en alturas las cadenas de montañas coronadas de nieve de la India y del Afghanistan. Además de que estos contrastes sorprendentes en las estaciones del año, en la fecundidad y elevación del suelo son, entre pueblos llevados ya á la contemplación de la naturaleza por la reunión de su civilización y sus creencias religiosas, las causas mas á propósito para sofocar la imaginación poética.

El amor por la naturaleza, peculiar á las razas contemplativas de la Germania, se demuestra á un alto grado en los poemas mas antiguos de la edad media. La poesía caballeresca de los mimesingers, bajo el reinado de los Hohenstauffen dió pruebas numerosas. Cualesquiera que sean las relaciones históricas, que siguen esta poesía con la poesía romana de los provenzales, no se puede en ello desconocer el puro elemento germánico. Las costumbres de las naciones germanas, los hábitos de su vida, su amor por la independencia, todo revela el sentimiento de la naturaleza con que estaban íntimamente penetradas. Las mimesingers errantes, bien que algunos hubiesen nacido en el trono, y que todos estuviesen mezclados á la vida de las cortes permanecían en asiduo comercio con la naturaleza. Conservaban en toda su frescura la disposición natural con que los llevaba al idilio. Yo muchas veces amo á la elegía, con el fin de apreciar mejor los afectos de una notable disposición. Yo me refero á los dos mas profundos conocedores de la edad media, alemanes, á mis nobles amigos M. M. Jacobo y Guillermo Grimm. "Los poetas alemanes de esta época dice el último, jamás se han sujetado á describir la naturaleza de una manera abstracta, es decir, sin tener otro fin que pintar con vivos colores la impresión del paisaje. Esto no quiere decir ciertamente que faltase el sentimiento de la naturaleza á los antiguos señores alemanes, sino que siempre lo han unido á los acontecimientos que referían ó á las emociones mas vivas que rebotaban en sus cantos líricos. Para comenzar por la epopeya nacional, por los mas antiguos y preciosos monumentos de la musa alemana, no se encuentra ni en los *Nibelmegen* ni en el poema de Gudrun ninguna descripción de la naturaleza, allí mismo en donde la ocasión se presentaba naturalmente. El resultado muy circunstanciado entonces del canto en donde Sigfried es muerto, contiene solamente la mención de un matorral en flores y de un fresco manantial á la sombra de un tilo. En el poema de Gudrum, que supone costumbres un poco mas políticas, se deja mejor entrever el sentimiento de la naturaleza. Cuando la hija del rey y sus compañeras reducidas á la condición de la esclavitud, llevan al

borde de la mar los vestidos de sus amos, el poeta indica el momento del año en que el invierno toca á su fin y en que comienza el concierto de los ruiseñores. La nieve cae aún, y la cabellera de los jóvenes está azotada por el viento. Cuando Gudrum, esperando ver venir á sus libertadores sale del campo, las olas de la mar brillan con los primeros fuegos de la mañana y ella distingue los cascos sombríos y los escudos de sus amigos. No son estas mas que algunas palabras, pero ella bastan para dar de las cosas una imagen distinta y para aumentar así la espera del gran acontecimiento que se prepara. Homero no hace otra cosa cuando describe la isla de los Ciclopes y los jardines tan bien ordenados de Alnotus: quiere poner á la vista la fecundidad voluptuosa de la soledad en la cual viven estos gigantes monstruosos, y la magnífica mansión de un rey poderoso. De los dos poemas uno mas que el otro, no ha pensado en describir la naturaleza por la naturaleza misma.

A la sencillez de la epopeya se pueden oponer los largos y curiosos recitados de los poetas del siglo VIII. Estos ejercían una arte que era celosa de sí misma. En el número Hartman, de Ane, Walfram de Eschembach y Gottfried de Strasbourg se distinguieron tambien de los demas, que pueden ser llamados, los maestros y los autores clásicos de la poesía caballeresca. No habría dificultad en recoger en la vasta reunión de sus obras, testimonios de la emoción profunda que les causaba la naturaleza. Este sentimiento algunas veces no se traicionaba sino por comparaciones: no les ha venido aun la idea de trazar cuadros de la naturaleza independientemente de toda acción; no suspenden el curso de los acontecimientos de la natural eza y de su vida apacible. ¿Cuán diferentes son las composiciones poéticas de los modernos! Bernardino de Saint-Pierre de contrario, no se sirve de los acontecimientos sino como de material para sus cuadros. Los poetas líricos del siglo VIII, cuando cantaban el amor (die Minne) lo que no hacen con frecuencia, hablan muchas veces del dulce mes de Mayo, del canto del ruiseñor, del rocío que brilla sobre las flores de los matorrales; pero esto es solamente con motivo de los sentimientos que parecen reflejar en estas imágenes. Si quiere pintar impresiones melancólicas, el poeta nos presenta el follaje que amarillea, ó los pájaros silenciosos, las siembras ocultas bajo la nieve. Los mismos recuerdos tornan incesantemente espesados, es cierto, con encanto y bajo formas muy variadas. Walther de Vogelweide así como Wolfram de Eschenbach, de quienes desgraciadamente poseemos muy pocas poesías líricas, son ambos dignos, uno por su sensibilidad y el otro por su solidez, de ser citados como ejemplos brillantes de la poesía caballeresca.

La cuestión de saber si el contacto con la Italia meridional, por las cruzadas con el Asia Me-

nor, la Siria y la Palestina, ha enriquecido la musa alemana de pinturas nuevas, debe ser en lo general resuelta negativamente. No se ve que el conocimiento hecho con el Oriente haya dado otra dirección á la poesía de los minnesinger. Los cruzados jamás se acercaron mucho á los sarracenos, y los guerreros alemanes permanecieron aislados, aun enfrente de los otros pueblos que combatían por la misma causa. Uno de los mas antiguos poetas líricos fué Federico de Hansen, murió en el ejército de Barbarroso, sus cantos recuerdan muchas veces las cruzadas; sin embargo, no espresa mas que pensamientos religiosos y el pesar de ser separado de su bien amado. En cuanto á la naturaleza que lo rodea, no encuentra momento á propósito para hablar de ella, no mas que todas aquellas que tomaron parte en la cruzada, tales como Reinmar el antiguo, Rubin, Reidhart y Ulsich de Lichteastein. Reinmar hizo á lo que parece, la peregrinación de la Siria, en seguida del duque de Austria Leopoldo VI. Se lamenta de que el recuerdo de su patria no le deja descanso apartando su pensamiento de Dios. Hace solamente algunas veces mención del datilero, y bajo este nombre, sin duda debemos entender los ramos del palmero que los piadosos peregrinos llevaban sobre las espaldas. Ya no me acuerdo por lo menos que la admirable naturaleza de la Italia haya escitado la fantasía de los minnesinger que atravesaban los Alpes. Walter de Vogelweide, que había viajado mucho, no se alejó en Italia mas allá de los bordes del Pó; pero Freidank fué hasta Roma y no notó otra cosa á no ser la yerba que crecía en los palacios de los antiguos señores de estos lugares.

La epopeya esópica, que eligió animales para sus héroes, no debe ser confundida con la apología oriental: ha nacido de un contacto habitual con el mundo animal, sin que tuviese el designio determinado de pintar sus bizarras fisonomías. Este género de fábula que Jacobo Grimm ha apreciado de un modo superior en el prefacio de su edición de Reinhalt Juchs, testimonio del gusto que se tomaba entonces á la naturaleza. Las bestias no encadenadas al suelo, pero dotadas de la palabra y accesibles á todas nuestras pasiones, contrastan con la vida tranquila y silenciosa de las plantas: forman un elemento siempre activo destinado á animar el paisaje. "La antigua poesía, dice M. Jacobo Grimm, considera la vida de la naturaleza bajo un punto de vista enteramente humano: guiada por los caprichos de su sencilla imaginación, presta á los animales y algunas veces aun á las plantas, el sentimiento y las emociones de los hombres, dando un sentido ingenioso á todas las particularidades de su forma ó de su instinto. Las plantas y las flores han prestado sus nombres á los dioses y á los héroes que las han recogido y animado. Se experimenta como si fuese un perfu-

me de los bosques que se echala de los viejos apólogos de la Alemania.

A estos monumentos de la poesía descriptiva entre los germanos, se siente uno tentado de unir los restos de la poesía céltica que durante medio siglo han pasado de uno á otro pueblo, bajo el nombre de Ossian, como nubes que atraviesan errantes por el cielo. Pero el encanto se ha destruido luego que se ha reconocido, á no dudarlo, el fraude de Masperson, pero la publicación del texto gálico, evidentemente supuesto y construido violentamente sobre la obra inglesa. Existe en lenguaje antiguo *erse* de los cantos en honor de Fingal conocido bajo el nombre de *cantos de Finnian* que fueron recogidos y escritos desde la introducción del cristianismo y acaso no remontan al siglo VIII de nuestra era; pero estas poesías populares contienen pocas descripciones sentimentales de la naturaleza en aquel género, que da un encanto singular á las composiciones de Masperson.

Hemos ya notado que si las disposiciones á la contemplación y al delirio no son desconocidas de las razas indo-germánicas de la Europa septentrional, si aun ellas son uno de los rasgos distintivos, es necesario no atribuirlo á la influencia del clima, es decir, á un deseo ardiente de los goces de la naturaleza acrecentados por la privación. Hemos recordado cómo las literaturas indiana y persa que se han desarrollado bajo el ardiente sol del mediodía, ofrecen descripciones deliciosas de la naturaleza orgánica así como también de la naturaleza muerta. Tales son el paso de la sequedad á las lluvias tropicales, y la aparición de la primera nube que viene á turbar el azul profundo de un cielo puro, cuando después de mucho tiempo de espera, los vientos del estío comienzan á silbar en las crecidas hojas de las palmeras.

He aquí, el lugar á propósito de profundizar un poco más allá en la literatura descriptiva de la India. "Representémonos, dice M. Lassen, una parte de la raza ariana que abandona su primera patria, las comarcas del Nord-Oeste, y que emigra hacia la India: ella debió admirar las riquezas de esta naturaleza desconocida. La suavidad del clima, la fertilidad del suelo, su liberalidad en prodigar dones magníficos, debieron producir colores más brillantes sobre la nueva vida de estos pueblos. Además de las preciosas cualidades peculiares á los arianos, aparte del desarrollo raro de su espíritu, que permite volver á hallar como germen en ellos todo lo que desde los indous han cumplido de grande y elevado: la vista del mundo exterior los condujo muy temprano á reflexionar profundamente sobre las leyes de la naturaleza, y sus meditaciones determinaron en ellos la tendencia contemplativa que forma el fondo de la más remota poesía de los indous. Esta impresión dominante ejercida por la naturaleza

sobre la conciencia de todo un pueblo, se manifiesta sobre todo en los sentimientos religiosos, y el homenaje rendido al principio divino de la naturaleza.

La indiferencia por todas las cosas de la vida vino también en ayuda de estas disposiciones delirantes. ¿Quién estaba mejor al abrigo de todas las distracciones, quién podía mejor aislarse en una contemplación profunda, y meditar sobre la vida del hombre en este mundo, sobre su condición después de la muerte, sobre la esencia de la Divinidad, sino estos penitentes estos brahmanes que vivían en la soledad de los bosques cuyas escuelas antiguas son uno de los fenómenos más característicos de la vida india, y han ejercido una influencia considerable en el desarrollo intelectual de toda la nación?

Si me es permitido, tal como lo he intentado ya en mis lecciones públicas, guiado por el consejo de mi hermano y otros indianistas, hacer comprender con el auxilio de algunos ejemplos el vivo sentimiento de la naturaleza que brilla con frecuencia en la poesía descriptiva de los indous, comenzaría por los vedas, el más antiguo y sagrado de todos los monumentos que nos revelan la cultura de los pueblos de la Asia oriental. El principal objeto de este libro es la glorificación de la naturaleza. Los himnos de Rigueda contienen bellas descripciones de las primeras luces del día y del sol "con manos de oro." Todavía los autores de los vedas, han puesto raras veces cuidado en trazar el aspecto de los lugares que hacían sumergirse á los sabios en un éxtasis profundo. En los poemas épicos de Ramayana y de Mahabharata, más modernos que los vedas y más antiguos que los puranas, los cuadros de la naturaleza están ligados aun con el recitado, como conviene á este género de composición; más por lo menos trazan lugares determinados y son el fruto de impresiones personales. De aquí resulta el movimiento que los anima. El viaje de Roma que partió de Ayodhya, se vuelve á la residencia de Dschanaca, su vida en medio de las selvas vírgenes, la existencia solitaria de los pandonides, son fragmentos del género descriptivo en donde brilla un vivo colorido.

El nombre de Kalidasa se ha hecho célebre muy pronto entre los pueblos occidentales. Este gran poeta floreció en la corte brillante de Vikramaditya, y por consiguiente contemporánea de Virgilio y Horacio. Las traducciones inglesas y alemanas de la Sakontala han justificado la admiración tan viva cuyo objeto es Kalidasa. La ternura de los sentimientos y el poder de la invención le aseguran un lugar elevado entre los poetas de todos los países. Se puede juzgar por el atractivo de sus descripciones por el encanto del drama de Vikrama y Urvasi, en el cual el rey recorre todos los alrededores de los bosques en busca de la ninfa Urvasi, por el poema de las *Estaciones* y por la *Nube men-*

sajera (Meghadonta); Kalidasa ha pintado en esta pieza con la verdad misma de la naturaleza los trasportes con que es saludada después de una larga sequedad, la primera nube que aparece en el cielo como nuncio de la estación de las aguas. Estas palabras, "la verdad de la naturaleza," de que me acabo de servir, serán mi justificación, si me atrevo al lado de la *Nube mensajera* á recordar la descripción del mismo fenómeno que he hecho en la América del Sur, antes que el Moghadonta de Kalidasa pudiese serme conocido por la traducción de M. Chezy. Los síntomas misteriosos que se producen en la atmósfera, la exhalación de los vapores, la forma de las nubes, la luz eléctrica con que es surcado el aire, todos estos presagios son los mismos en las zonas tropicales de ambos continentes. El arte cuya misión se reduce á profundizar las realidades en una imagen armoniosa, nada pierde de sus atractivos porque el espíritu observador y analítico de los siguientes siglos ha podido, por una feliz fortuna, confirmar el testimonio de un poeta antiguo, dejándose arrastrar á la contemplación de la naturaleza, la reprodujo en toda su verdad.

De los arianos orientales, es decir, de la familia indo-brahmánica, maravillosamente dispuesta por su organización á gustar las bellezas pintorescas de la naturaleza, pasemos á los arianos del Occidente, á los persas, que reunidos desde antes á los pueblos de la misma raza en la comarca situada sobre la Persia y la India, se habían separado, y adoradores espiritualistas de la naturaleza, habían conciliado este culto con la concepción maniqueana de Ahriman ó de Ormuzd. Lo que llamamos literatura persa no remonta más allá de los sassanides. Los monumentos más antiguos de los persas han perecido. Después de la conquista de los árabes, fué cuando renovó la faz del país; y volvió á florecer una literatura nacional, bajo las dinastías de los samanides de los gaznevides y de los seldjucides. El desarrollo de la poesía desde Firdousi hasta Hafiz y Dschami, duró apenas de cuatro á quinientos años, y no se prolongó sino hasta la expedición de Vasco de Gama. Buscando la huella del sentimiento de la naturaleza entre los indous y entre los persas, es necesario no olvidar que las civilizaciones respectivas de estos dos pueblos han sido doblemente separadas por la distancia y por el tiempo. La literatura persa pertenece á la edad media; la grande literatura india pertenece propiamente á la antigüedad. La naturaleza sobre el plano del Iran no ofreció aquellos árboles vigorosos ni aquella variedad de formas y de colores que presentan á los ojos admiradores las plantas del Indostan. La cadena de Vindhya, que ha marcado mucho tiempo el límite de la Asia oriental, está contenida aun en la zona tropical, mientras que toda la Persia está situada más allá del trópico de Cáncer; una parte misma de

la poesía persa ha tenido su origen en la región septentrional de Balkh y de Jergana. Los cuatro paraísos célebres entre los poetas persas eran el valle de Sogd, cerca de Samarcanda; el de Masehanrud, cerca de Hamadan; el de Scha'abi-Bowan, cerca de Kal-eh-Sofid, en la provincia de Fars y el llano de Damas llamado Ghute. Los reinos de Iran y de Touran, ambos están privados de selvas; por consiguiente no hay lugar para esta vida solitaria de los bosques que había obrado tan vivamente sobre los indios. Jardines regados por aguas corrientes, llenos de matorrales, de rocas y árboles frutales, no pueden reemplazar á la naturaleza imponente y salvaje del Indostan. No debe uno admirarse después de esto, de que la poesía descriptiva no tenga el mismo jugo, y que muchas veces sea fría y artificial. Si á juicio de los indígenas las cualidades más preciosas son las que nosotros llamamos espíritu y delicadeza, se comprende que no es necesario buscar otra cosa que admirar entre los poetas persas, que el mérito de una invención fácil, y la infinita variedad de formas bajo las cuales esceden en reproducir el mismo pensamiento; los sentimientos íntimos y profundos les son cosas enteramente extrañas.

La descripción del paisaje raras veces interrumpe el recitado en la epopeya nacional ó libro de los héroes de Firdausi. El elogio de las costas del Mazenderan, puesto en la boca de un viajero, me parece ser particularmente gracioso y representar con exactitud la dulzura del clima y la fuerza de la vegetación. Este elogio arrastró al rey Kei Kawus á una expedición hacia el mar Caspio y á una nueva conquista. Las poesías sobre la primavera de Enweri, de Dschelaledhin, que pasa por el primer poeta místico del Oriente, de Adhad y de Jeisi, medio persa y medio indio; todos tienen una viva frescura, bien que muchas veces el placer que causan sea turbado por la investigación pueril de comparaciones muy ingeniosas. Sadi en su romance de Bostan y Gulistan (el jardín de los frutos y de las rosas) y Hafiz cuya filosofía práctica ha sido comparada á la de Horacio, marcan sirviéndonos de las expresiones de José de Hammer, el primero la edad de la enseñanza moral, el segundo la elevación á su apogeo de la poesía lírica. Desgraciadamente la hinchazón y la investigación, deparan frecuentemente entre estos escritores las descripciones de la naturaleza. El objeto favorito de la poesía persa, el amor del ruiseñor y de la rosa, se vuelve en cierto modo cansado, y el sentimiento íntimo de la naturaleza espira en el Oriente en el refinamiento convencional del *lenguaje de las flores*.

Si descendiendo de la mesa del Yran nos dirigimos hacia el Norte á través del reino de Touran (en lengua Zend Tuirja) hasta la cadena del Oural que separa la Europa del Asia, llegamos á los lugares que fueron la cuna de la ra-